

Colaboración

1992

¿Habéis visto? ¡Un número para dar título a un mensaje periodístico! ¿Qué dice un número por sí solo? Casi nada. Si al menos estuviese acompañado de algo concreto y sustancial: mil novecientos noventa y dos elefantes (ibuena manada, sí señor); mil novecientos noventa y dos millones de la moneda más valiosa del planeta (sería un buen comienzo para solucionar más de un problema de injusticia en él); mil novecientos noventa y dos amigos (quien realmente los tuviese no tendría tiempo de presumir de ello); mil novecientos noventa y dos reservas naturales (número excesivo, demasiada política propagandística cuando el planeta debería ser una sola); mil novecientos noventa y dos armas de fuego (llegará un día en el que nos escandalicemos de que un día existiesen tantas), ... Pero no, aparece un número, una cifra desnuda, sin valor por sí misma. ¿Mil novecientos noventa y dos unidades de qué? (la transcendental pregunta formulada por el Principito en su visita al cuarto planeta, habitado por el hombre de negocios que contabiliza estrellas -¿?-).

Pero, por desgracia, ya no nos extrañamos de ver un número dando nombre a cualquier cosa, o identificando a una persona, con todo lo que ello significa (un miembro de la sociedad, un número de socio, un dorsal en un atleta o en un preso). Y lo que es más: pondría mi mano en el fuego para recuperarla totalmente ilesa mientras afirmo mi seguridad de que nadie absolutamente, al echar un vistazo a este titular, ha dejado de pensar en el cardinal que da nombre al año en que vivimos. Tranquilos, yo también habría picado. ¿Por qué? Lo sabemos: Llevamos seis años dejándonos martillear nuestro subconsciente por los medios de comunicación sobre la transcendencia del mítico año 1992, o más familiarmente '92, porque es todo nuestro, de los españoles, que ya llevábamos siglos sin dejarnos oír en el mundo (en EEUU ni sabían que existíamos), adelantándonos al final del milenio. No obstante, consumida la mitad de aquél, nos hundimos en el dolor del terrorismo y en la vergüenza de la chapuza nacional. Será éste el año del relanzamiento definitivo de la diferencialidad de España (Spain is different). Será el año del hermanamiento competitivo (por fortuna en medio de la deportividad), de la celebración de los quinientos años del hallazgo de un nuevo continente al que hemos dejado sumirse (en su mayor parte) en el subdesarrollo y donde no existe demasiada conciencia de celebración, exclusiva casi de la clase intelectual, y dividida entre la positividad y negatividad del descubrimiento y colonización. Es el año de la mayor exposición científica, tecnológica y cultural del orbe hasta la fecha, que ha llenado los bolsillos de muchos que no lo merecían y ha restringido presupuesto en obras sociales...